



A LAS TORRES DORADAS...

Por: Pablo Cancio Reichard

A las 4:30 P. M. llegamos en avión al aeropuerto de Miami. No tardamos mucho, como media hora, en recoger la maletas en el área de equipaje; había poca gente, no traíamos mucho; el resto dos bultos de mano. Tomamos un taxi, “yellow cab”, porque hoy día pasan cuatro cosas, hay que cuidarse de los asaltos. Antes de montarnos y acomodar el equipaje ya el taxímetro estaba marcando. Juan y Sofía se acomodaron en la parte de atrás con Nereida y yo me senté al frente con el taxista; no sé pero eso siempre me da mayor seguridad. Juan dijo en un tono mandatorio, pero con un acento gracioso y marcado que no dejaba de denunciar el español “to the Golden Towers Hotel”. El taxista asintió con la cabeza, parecía simpático con cara de buena persona; muy lejos del tipo neurótico con cara de Pavarotti, pendiente sólo a los semáforos en las luces rojas y la música clásica de Schubert, Bach o Mozart; la verdad no sé cuál, pues no sabría distinguirlos. Este en cambio nos trajo hablando todo el viaje, una catarata, desde el tiempo, el más reciente mensaje del presidente, el alza en los precios, hasta el último video musical de Madonna; hasta que Juan volvió a abrir la boca; “estoy loco por llegar, tengo hambre”, “no te apures, dijo Sofía, ya pronto vamos a llegar”. “Ustedes hablan español -dijo el taxista- ¿de dónde son?”. De Puerto Rico.



¡Ah, Puerto Rico, yo también soy de allá. Boricuas, quien lo iba a imaginar, mejor dicho mis padres vinieron hacia acá ya hace años, 30 años -dijo con acento inglés. Aquí hay muchos puertorriqueños y cubanos- ¿es su primera visita aquí? Le contesté que habíamos estado antes, pero hacía tiempo. Me gustaría mucho ir allá a Puerto Rico - continuó diciendo. Después nos dio una especie de tour, eso allá es a la derecha es ..., eso que ven a la izquierda ..., si se sigue adelante se ve. ¿Cuánto tiempo van a estar? Sólo por el fin de semana. Bueno si fueran a estar más tiempo podrían alcanzar hasta “Disney World”, no es sólo para niños, los grandes también...; yo fui con mi familia; mire el retrato, ése es mi hijo, la hija y mi señora. “Bueno ya vamos a llegar”, es ahí donde ve esa torre alta, por eso... Se apeó, sacó las maletas y se las dio a un maletero uniformado que esperaba a la entrada del hotel. Juan se adelantó, abrió su billetera y le pagó al taxista. ¿Cuánto es? dijo mirando el taxímetro. Toma. Le di propina. ¡Que se diviertan! -Gracias.- ¿Me tocaría pagar el maletero? El vestíbulo del hotel era inmenso, el techo alto, arriba como una bóveda, la recepción a la derecha, un mostrador ovalado, al centro un área de estar, sillas, butacas acojinadas y mesas, plantas ornamentales, y una fuente en el medio. Una rubia de ojos claros nos preguntó a nombre de quién estaba hecha la reservación y nos pidió identificación. Nos registramos cada uno en su cuarto; no pudimos conseguir contiguos, Juan y Sofía en el 410 y Nereida y yo en el 512, firmamos los papeles reglamentarios y nos dieron



un juego de llaves a cada pareja. Nos preguntaron si deseábamos dejar algo depositado en la caja pero dijimos que no; me han hecho toda clase de historias al respecto.

Quedamos en subir con el maletero cada uno a sus respectivos cuartos y asearnos un poco y encontrarnos como en media hora abajo en el vestíbulo para ir a cenar; teníamos mucha hambre. El botones subió con nosotros al ascensor, era un joven alto de piel pálida, callado con cara de colegial; sólo se sonreía. Nos detuvimos en el cuarto piso y bajó las maletas y dijo a nuestros compañeros de viaje que esperaran en el quinto piso y abrieran el cuarto. Caminamos un largo pasillo hasta llegar al cuarto 410. Abrí la puerta con mi llave. Una suite espaciosa, dos camas dobles. Entró las maletas y preguntó dónde las ponía. Nereida le señaló una cómoda. Entonces nos mostró todos los servicios, el televisor, Cable TV, películas pre-pago, por donde bajar o subir el aire acondicionado, la nevera toda repleta de golosinas, bebidas carbonatadas, jugos y refrescos, el mini bar de bebidas etiquetadas; claro todo había que pagarlo, y claro antes de salir se cercioró de que tuviéramos suficientes jabones y toallas limpias y que si queríamos algo, lo que fuera, no vaciláramos en llamar por el botón rojo. Al salir le dejé un billete entre las manos. Sin lugar a dudas el servicio era el mejor. Nereida se retocó en el espejo, mientras yo me lavé la cara; nos cambiamos



de ropa; miré el reloj mientras me recostaba en la cama y veía los canales pasar en la televisión, eran ya casi las 7:00 P. M., ya había pasado la media hora convenida, así que decidimos bajar.

Abajo, en un cómodo sofá cerca de la fuente ya estaban esperándonos Juan y Sofía, siempre puntuales, Juan miraba su reloj. Hubo un breve intercambio sobre las comodidades que ofrecía el hotel, estaban también a gusto en su habitación. Ahora el dilema sería donde iríamos a cenar. Me acerqué al mostrador de la derecha, ya la rubia no estaba, había una simpática pelinegra y le pregunté por un sitio cerca donde ir a cenar; ésta me preguntó si teníamos mucha hambre, le dije que sí, qué tipo de comida deseábamos comer, si italiana, francesa, española, americana o internacional. Me di vuelta, todos resolvimos que italiana. Bueno, dijo ella, hay un excelente restaurante italiano, no está muy lejos de aquí, como a unos quince minutos, dijo mirando el reloj. Son las 7:05, así que pueden estar allí como a las 7:20, de nombre Gatopardo. Está bien le dije sí, nos apuntó la dirección en un papel y nos llamó un taxi "yellow cab".

Entramos al taxi y como siempre nos acomodamos -ya el taxímetro lo había prendido-. Nereida atrás con Sofía y Juan y yo al frente. Éste no parecía tan amable,



su tipo era más cónsono con el neurótico con cara de Pavarotti, apenas hablaba. Nos preguntó hacia donde íbamos y le dije al Gatopardo mostrándole el papel con la dirección. El taxista encendió una pequeña luz, se demoró un tiempo en el que sólo se oía el ruido del marcador, luego sentenció: yo sé dónde es.

Llegamos al restaurante aproximadamente a las 7:22 P. M. Un valet le abrió la puerta a Nereida; pagué el taxi. Era un restaurante de lujo muy bonito, con estatuas alusivas a la época de oro de los Césares de la Magna Roma y dividido como en distintos niveles o terrazas; una cava en el sótano; sólo se veían pasar las bandejas con prosciutto, quesos de todas clases, postres exquisitos, platos con pasta, fresones. Los mozos debidamente ataviados con unos pantalones negros hasta las rodillas, camisa blanca y una banda verde en la cintura; las meseras lo mismo sólo que con un sombrero redondo de paja. Tomamos un buen rato en leer el menú. Juan lo primero que hizo fue mirar la lista de vinos. Una camarera que no tenía nada de italiana, nos tomó la orden. Juan y Sofía ordenaron lo mismo ; el antipasto para dos y el vittelo a la marsala. Sofía y yo, la ensalada César, ella pidió los espagueti a la carbonara y yo, me fui con los canelones. Pedimos el vino de la casa, que según Juan era lo mejor por su precio. La cena transcurrió normal, un plato traído detrás de otro en su debido orden. Apenas se habló, había mucha hambre; Sofía parecía preocupada por los niños, los



habíamos dejado, siempre nos acompañaban en los viajes. “No te preocupes, le dije, están bien con sus abuelos” para calmarla, hasta que llegaron los músicos a la mesa. Nos preguntaron si deseábamos alguna pieza en especial. Juan, el “connoisseur” pidió “y volare” y los acompañó con su voz de tenor que sobresalía sobre la de los otros cantores. Las personas en las otras mesas nos miraban con unos ojos, por unos momentos sentí deseos de meterme debajo de la mesa, cubrirme con el mantel. Aquello siempre me había parecido un poco ridículo, pero ya todos estábamos acostumbrados a los espectáculos de Juan, que culminó en la aceptación de los aplausos. Luego le tocó el turno al carrito de “pastries”; la tarta de chocolate, el bizcocho de queso, el mantecado de tres colores, creo que le dicen “tortoni”, había que ver a Juan con el gusto que lo saboreaba. No faltaron los cordiales por la casa y el café expreso cortado. Juan pagó la cuenta. A la salida como si fuera poco, nos llenamos los bolsillos de unos dulces de menta; afuera nos estaba esperando otra vez el taxi, que nos condujo a las torres doradas.

Llegamos al hotel a eso de 10:38 P.M. Decidimos sentarnos un rato en el lobby antes de retirarnos a nuestras habitaciones; habíamos comido mucho, aún no teníamos sueño. Conversamos un poco sobre lo que haríamos al otro día, Sofía y Nereida querían ir de tiendas, al distrito comercial. Decían que habían abierto un nuevo centro,



Juan y yo planeábamos alquilar un automóvil para movernos. En determinado momento decidí ir al baño; caminé hacia mi izquierda, vacilé, luego giré a mi derecha. Qué extraño, al llegar por la tarde, me había parecido que el mostrador de la recepción estaba a la derecha y el baño al otro lado pensé, es un detalle sin importancia. Salí pronto. Estábamos cansados, ya era tarde, hora de retirarnos, el viaje había sido cansón, nos esperaba un largo día.

Subimos juntos en el ascensor; Nereida y yo nos quedamos en el cuarto piso y Sofía y Juan siguieron hasta el quinto. Caminamos el largo pasillo hasta llegar al 410. Metí la llave en la ranura de la cerradura y le di vueltas, primero hacia un lado, luego hacia el otro, pero nada, no abría. Intenté empujar la puerta, después la halé un poco haciendo presión en el picaporte por si era que estaba atascada, pero tampoco abrió.. ¡Qué raro! Al llegar había funcionado bien y al salir había cerrado con la llave, tal vez se había dañado. Al poco tiempo llegaron Juan y Sofía, nos informaron que también tenían problemas para abrir la puerta de su cuarto. ¡No lo puedo creer! ¿Qué podría haber pasado? Nos habían dejado fuera, no. Le dije a Sofía que se quedara con Nereida, que Juan y yo subiríamos al quinto piso a ver... Introduje la llave para comprobar; la puerta del cuarto de nuestros compañeros de viaje tampoco abría. Juan tocó a la puerta; le dio un fuerte manotazo. Un hombre alto y moreno salió a la puerta



vociferando; nos dijo que qué queríamos y Juan le dijo que qué él hacía en su cuarto; “éste es mi cuarto contestó”. Juan entró, abrió el guardarropa, rebuscó pero no encontró su ropa, ni el equipaje, mientras el hombre nos maldecía en inglés; decía que nos iba a demandar y amenazó con llamar la policía si no salíamos inmediatamente; hasta que nos sacó a empujones y tirando patadas en el aire del cuarto.

No había más remedio que bajar y pedir una explicación en la recepción, quizás nos habían cambiado de cuarto, pensamos. Abajo en el mostrador de la recepción atendió nuestra queja un empleado rubio de espejuelos con mucha calma. Nos pidió identificación, preguntó en qué cuarto estábamos registrados y bajo qué nombre y apellidos. Buscó en la computadora un rato, luego nos dijo que parecía extraño pero que no aparecía nadie registrado en el hotel bajo nuestros nombres y apellidos. Nos miramos unos a otros sorprendidos. Pero debe ser un error, le dije al muchacho, no nos habrían cambiado de habitación por algún problema, si llegamos esta tarde, no nos vio... y nuestras ropas y las maletas, donde están, qué vamos a hacer... “Lo siento señor, dijo, pero no hay nadie registrado aquí bajo ninguno de esos nombres o apellidos”. Usted está seguro, añadí; “sí estoy seguro”, repitió el joven con la misma tranquilidad. Nuestras esposas estaban exaltadas; “pero cómo va a ser, esto no se puede quedar así, hay que llamar al gerente”-dije tratando de no perder el control. El



gerente, un hombre alto de bigote, se personó y nos confirmó lo mismo luego de buscar nuevamente en la computadora, que no estábamos registrados en el hotel. Por unos instantes creímos que todo aquello era un sueño o que estábamos muertos en otra dimensión, no había más remedio que reírse, estábamos desorientados; hasta que el gerente dijo: ustedes dicen que trataron de abrir los cuartos con sus llaves, serían tan amables de mostrármelas. El gerente miró las llaves que brillaban a la luz del mostrador, le dio vueltas en sus manos, luego se rió y dijo: “pues claro es que ustedes deben de estar registrados en la otra torre”. ¿Dónde? preguntó Juan. “Hay otra torre de este hotel, exactamente la misma, al otro lado de la avenida”, añadió el gerente. Nos pidió disculpas y dijo que nos sentáramos en el sofá al centro, en lo que el empleado llamaba a la otra torre para ver si estábamos allí registrados. Con razón cuando fui al baño me había parecido raro que el mostrador de la recepción estaba a la izquierda y no a la derecha como cuando llegamos. El empleado luego de varias vueltas hizo un llamado por teléfono; después hizo una señal como de aprobación con la cabeza, dijo que sí, que efectivamente había confirmado que aparecíamos registrados en la otra torre del hotel bajo Estrada y Fernández en las habitaciones 503 y 410 respectivamente, que no nos preocupáramos, que él llamaría un taxi, que tardaría como unos diez minutos y que ellos correrían con los gastos. Esperamos en el “lobby” más o menos eso, hasta que llegó el taxi.



Nos acomodamos como siempre. Sólo que había algo diferente. El taxista ahora sí era el neurótico que no habla con cara de Pavarotti. Nos trajo todo el viaje en silencio escuchando música clásica, miraba a través de los cristales en la oscuridad de la noche y todo parecía prolongarse, como alargarse más, nunca el viaje me había parecido tan largo, el taxímetro marcaba \$17.50, y ya habían pasado 25 minutos, un poco más de lo acostumbrado cuando vi las cortinas de la entrada del hotel “Golden Towers” y la torre; por fuera idéntica a la otra. Ya dentro del hotel no pude dejar de hacer la observación de que las torres eran exactamente iguales por fuera, sólo que adentro todo estaba invertido; si en una el baño de los hombres estaba a la derecha, en la otra estaba a la izquierda y así... como la antimateria. “Deja eso, dijo Juan, creo que ya hemos tenido suficiente por hoy”. Vamos, es tarde, dijeron las mujeres. Decidimos que al otro día, en vez de vernos a las 7:00 A. M., nos encontraríamos en el “lobby” a las diez para ir a desayunar. Si no te funciona la llave, no me despiertes, le dije a Juan en broma, mientras subíamos en el ascensor y nos quedamos en el piso cuarto.

Por la mañana nos encontramos abajo en el “lobby” al bajar en los ascensores. Juan y Sofía parecían más relajados y despejados después del sueño. En el mostrador estaba la empleada pelinegra de la noche anterior, que nos recomendó el restaurante



italiano. Saludó con un gesto y nos dio amablemente los buenos días; preguntó cómo la habíamos pasado, le dije que de maravilla, que la comida había estado estupenda, pero que nos habíamos perdido de regreso al hotel, se rió; ¿cómo? dijo ella. El taxista nos llevó a la otra torre dorada del hotel al otro lado de la avenida, le expliqué, ella se volvió a reír; luego dijo en un tono serio, pero no puede ser, el hotel Torres Doradas sólo tiene esta torre, la otra se consumió en un fuego hace muchos años, fue espantoso, según cuentan y nos mostró un folleto en el que aparecía la otra torre y el año en que se había quemado por el incendio. Nos miramos unos a otros, parecía increíble. Sólo le pedí me indicara dónde estaba el restaurante, para ir a desayunar...